



1

Miguel Hernández. Murió hace cuarenta años

Por J. BAEZ RAMOS (*)

«Dos días antes de morir, entré a ver a Miguel con el niño y su hermana. Nos pidió que le llevaran al sanatorio. El doctor Barbero me dijo que ya no tenía remedio y, además, hubo dificultad para conseguir una ambulancia... Al día siguiente no me llevó al niño. Con lágrimas que le corrían por las mejillas, me dijo varias veces: "Te lo tenías que haber traído. Te lo tenías que haber traído." Tenía la ronquera de la muerte. Yo le toqué los pies y los tenía fríos y con rodales negros. Volví a visitarle al día siguiente y, al poner la bolsa de comida en la taquilla, me la rechazaron mirándome a los ojos. Era el día 28 de marzo, sábado, víspera del Domingo de Ramos. Sobre las seis de la tarde fue el entierro. Iba un ataúd sobre el coche de caballos y no llevaba ninguna corona. Sólo íbamos acompañándole, en una tartana, cinco personas: su hermana Elvira, una vecina, que se llamaba Consuelo, Miguel Abad, Ricardo Fuentes y yo... A las diez de la mañana del día siguiente se le dio sepultura.»

Se cumplen este año cuarenta desde que ocurriera esto que cuenta su esposa, Josefina Manresa.

Miguel Hernández Gilabert, hijo de Miguel Hernández Sánchez y Concepción Gilabert Ginés, nació en Orihuela (Alicante), el 30 de octubre de 1910. Sus hermanos: Vicente, Elvira y Encarnación.

Treinta y dos años después, herido de muerte en una de las nueve cárceles por las que pasó, descansaba a ras de suelo en el nicho 1099 del Cementerio de Nuestra Señora del Remedio, en Alicante, tras las muchas gestiones que debieron hacer sus familiares para librarlo de la fosa común.

Aquel hombre era uno de los poetas más importantes que ha tenido España, tal vez el que ha poseído dotes creadoras más asombrosas en nuestra historia literaria; «un titán de la imaginación que nadie sabe dónde hubiera podido llegar si el viento de la crueldad no hubiese roto su vida a los treinta y dos años», en palabras de J. L. M. Descalzo (1). Es una grave lección para el futuro.

Sin embargo, como afirma Arturo del Hoyo (2), en sus primeras obras no «se presiente» al Miguel Hernández futuro.

Comenzó a escribir versos pastoreando cabras por los campos. Su infancia está marcada por el signo del hambre, los golpes de un padre violento y de la marginación de los humildes.

*EL hambre es el primero de los conocimientos:
tener hambre es la cosa primera que se aprende.
Y la ferocidad de nuestros sentimientos
allí donde el estómago se origina, se enciende.*

Y a Miguel Hernández «la letra» le costó sangre, golpes, dolor. Aquel muchacho que leía «sobre todo por la noche, ya acostados»,

(1) M. Descalzo, J. L.: M. Hernández, una herida de España; Separata Especial; ABC, M. Hernández, en el treinta y cinco aniversario de su muerte; 1977; y de cuyo trabajo es especialmente deudor éste.

(2) Del Hoyo, Arturo: Prólogo a la *Obra Escogida*, Aguilar, Madrid, 1962.

como cuenta uno de sus hermanos, adquirió de este modo un admirable conocimiento de clásicos (Góngora, Lope, Calderón...) y modernos, ayudado asimismo por la biblioteca del entonces vicario de Orihuela, y más tarde obispo de León, don Luis Almarcha. El cual, con 425 pesetas costearía los 300 ejemplares que integraban la primera edición de *Perito en lunas* (1933), prologado por su amigo Ramón Sijé.

Precisamente aquellas lecturas serían las culpables del gongorismo de este primer libro, los versos de arte mayor y la mitología recién aprendida, y el dramático quevedismo de sus momentos más reconocidos.

Se ha llegado a decir que ese primer libro «vale unas Soledades en el siglo XX» (3). No hay en él, ni debe buscarse, originalidad. Es su primer libro. En opinión de Dámaso Alonso, el poeta logró realizar lo que constituye el secreto gongorino: la intensificación en el pormenor y la densificación en el conjunto.

Y conoce el amor. Su siguiente obra, *El rayo que no cesa*, editada por el poeta M. Altolaguirre (24-I-1936), está constituida fundamentalmente por sonetos amorosos, compuestos a lo largo de los años 33-34. En ella se advierte todavía la misma influencia clásica de *Perito*, así como de sus recientes lecturas de poesía religiosa (San Juan de la Cruz) en que lo iniciara Sijé. Canta aquí su amor por Josefina, obligadamente esquivo primero, después enamorada.

Y aparecerían ya muchos símbolos propios: el tema de la muerte (eternizado en la elegía a su «compañero del alma» Ramón Sijé), el del corazón sangrando a borbotones, el del toro...

*Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un fruto.*

*Como el toro lo encuentra diminuto
todo mi corazón desmesurado,
y del toro del beso enamorado
como el toro a tu amor se lo disputo.*

*Como el toro me crezco en el castigo,
la lengua en corazón tengo bañada
y llevo al cuello un vendaval sonoro.*

*Como el toro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro.*

Consigue ahora en su poesía la unión de pasión y sabiduría con un acento personal característico. Miguel Hernández adquiere su voz de autenticidad poética. En palabras de Luis Felipe Vivanco se presentó aquí M. Hernández como «un místico de las realidades corporales» o como «ese dios oscuro de la sangre» de que habla Lawrence. Consigue con estos sonetos alejarse un tanto del len-

(*) Licenciado en Filología Hispánica.

(3) Carrasquer, F. Revista Norte; núm. sept.-oct.; 1968; Amsterdam.

guaje gongorino y lograr fuerza expresiva, «aportando — como indicara el profesor Cano Ballesta — al Madrid de los años treinta pasión telúrica, aires puros y un clima de autenticidad» (4).

Intimismo, cromatismo, bucolismo, estilística más amplia son los principios que, según Jacinto Luis Guareña, rigen el libro (5).

El joven poeta se halla en Madrid, centro de irradiación cultural y artística en la época, expuesto a todo tipo de experiencias. El ambiente y su amistad con Pablo Neruda y Vicente Aleixandre influyen en el rumbo de sus versos. Se pone así a la vanguardia de este movimiento renovador, donde la poesía habrá de ser proyección total de la existencia.

Tradicición y renovación: dos notas destacadas en M. Hernández ya señaladas por Neruda: «Tradicición es tener raíces culturales y, en este caso, tener raíces en la tierra, un sabor a lago vital, auténtico y entrañable.»

Y el poeta se encuentra con una realidad trágica: la guerra. A favor de la justicia y de la libertad, aunque sin carnet ideológico, está claro que no era «de derechas». Respetaba todas las ideas y nadie mejor que él para describirnos su «programa político»:

*Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.*

Soldado republicano, se dedicó en principio a abrir zanjas. Pasado algún tiempo es llamado por la Casa de Cultura de Valencia: le piden poesías que animen a los soldados. Pero M. Hernández no es, como señala Andrés Sorel, un «propagandista»; sus muertos no tiene color ni están inscritos en un bando concreto.

La violencia del 36, el dolor y la guerra, el patriotismo servido desde su militancia política, la amenaza del desastre y otras situaciones límites, le dictan los poemas de *Viento del pueblo* (6).

Terminada la guerra, y después de visitar a su mujer en el pueblo de Cox, marcha a Sevilla confiando en que un amigo le acoja en su casa. Después de vender en Rosal de la Frontera un traje y el reloj de pulsera regalo de boda de Aleixandre, es detenido por un guarda portugués que lo entrega a la Guardia Civil Española. Trasladado a Madrid, y liberado en Orihuela, una denuncia provocó su nuevo encarcelamiento (llevándolo al Seminario que entonces era cárcel), su rodar de cárcel en cárcel: Madrid, Huelva, Sevilla, Torrijos...

*«No me perdonarán nunca los señoritos que haya puesto
mi poca o mi mucha inteligencia, mi poco o mucho corazón,
al servicio del pueblo de una manera franca y noble. Ellos
preferirían que fuera un sivergüenza. Ni lo han conseguido,
ni lo conseguirán.»*

(4) Conferencia pronunciada en la Fundación Juan March, Madrid.

(5) Guareña, Jacinto L. comentando *Poesía* de M. Hernández, Madrid, Bitácora, Narcea, S. A. de ediciones; 1973.

(6) En 1978 fueron encontrados los pliegos de imprenta de *El hombre acecha*, continuación de *Viento de pueblo*, donde se recoge la segunda serie de los poemas de guerra de M. Hernández. La edición facsimile de la obra ha sido realizada por el poeta y Premio Nacional de Literatura, Leopoldo de Luis, prologada por él mismo y su hijo, también poeta, Jorge Urrutia.

En 1940 llega primero la condena a muerte y luego la conmutación a treinta años por ser «escritor y poeta de la revolución».

Recuerda su mujer que José María Cossío (amigo con quien trabajó inmediatamente antes de la guerra civil en la preparación de la monumental obra *Los toros*) cuenta cómo tuvo que levantarse un día a las tres de la madrugada para hablar con un ministro de Franco y con un general para pedirle que no fusilaran a Miguel.

Le ofrecen, incluso, la libertad. A cambio, una verdadera o fingida retractación. Prefiere la cárcel, el hambre de los suyos, la «familiaridad» con las ratas de las que habla:

*«Hace varias noches que han dado las ratas en pasear por
mi cuerpo mientras duermo. La otra noche desperté y tenía
una al lado de mi boca. Esta mañana me he sacado otra de
la manga del jersey, y todos los días me quito boñigas suyas
de la cabeza.»*

Y, en medio de su enfermedad, del distanciamiento de la esposa y el hijo, de las rejas, escribe uno de sus libros más puros y bellos, *Cancionero y romancero de ausencias* (edición póstuma, 1958). Hay en él sufrimiento: «siento que sólo la sombra me alumbraba», pero también la triste y tierna dulzura de las «Nanas de la cebolla»:

*En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba
.....
Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.*

Al día siguiente de su muerte, un oficial de prisiones entregaba a Josefina Manresa las pocas cosas que su marido había dejado:

*«Un mono, dos camisetas, un jersey, una camisa, unos
calzoncillos, dos fundas de almohada, una correa, una toalla,
una servilleta, dos pañuelos, un par de calcetines, una
manta, una cazuela, un bote.»*

El escritor sudamericano, Elvio Romero, autor de una biografía de M. Hernández, cita como sus últimas palabras antes de morir:

*«Adiós hermanos, camaradas, amigos
despedidme del sol y de los trigos.»*

La frase es bonita, pero resulta imposible que pudiera escribirlo en la pared, como se afirma. Miguel Hernández muere tísico; no podía moverse de la cama; otros le escribían las cartas. Según Joaquín Rocamora, compañero suyo de cárcel que lo atendió durante la enfermedad, las últimas palabras que pronunciara Miguel Hernández antes de morir fueron: «Ay, Josefina, qué desgraciada eres!».

Al conocer los primeros poemas de Miguel Hernández, había dicho Juan Ramón Jiménez: «Que no se pierda esta voz, este acento, este joven aliento de España.»

Cuarenta años después de su muerte, sigue siendo tarea de todos.